

**Nicholas MARTIN, Tim HAUGHTON & Pierre PURSEIGLE (Eds.): *Aftermath. Legacies and Memories of War in Europe, 1918-1945-1989*, Surrey, Ashgate, 2014, 241 pp.**

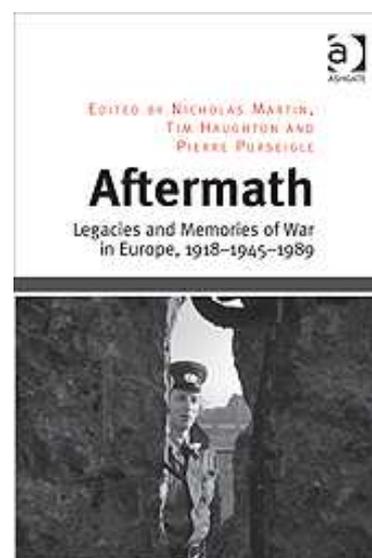
Alejandro Pérez-Olivares

*Seminario Complutense Historia, Cultura y Memoria - Departamento de Historia Contemporánea, UCM*

### ¿Pensar otra vez el siglo XX? Legado y memoria de nuestro patrimonio violento.

"Píensalo otra vez", recomendaban los *Rolling Stones* en uno de los cortes de su disco *Aftermath*. Pensar una y otra vez el siglo XX se ha convertido en un reto intelectual que ha dado una importante muestra de trabajos tan sugerentes como polémicos. El último de ellos es el libro homónimo, editado por Nicholas Martin, Tim Haughton y Pierre Purseigle, resultado de un congreso internacional celebrado en la Universidad de Birmingham en 2010 y aparecido cuatro años después. El esfuerzo de los editores, por tanto, ha sido doble. Por un lado, ofrecer a la comunidad historiográfica un diálogo interdisciplinar y transnacional de un fenómeno, la posguerra, que afectó a todo el continente (y más aún, pues hay un trabajo sobre el Japón post-45) durante el siglo pasado. Por otro, mantener el espíritu de los debates producidos durante ese congreso: cada capítulo contiene referencias cruzadas a las aportaciones de los otros autores y el libro incluye un capítulo final de conclusiones comunes.

Una de las principales, quizá la que mejor muestra la senda por la que ha transcurrido la historiografía europea en los últimos años, es la de mostrar que la "niebla de la guerra" se ha tratado de disipar desde las categorías de la experiencia y la representación. En este sentido, la mayoría de los capítulos inciden en la persistencia de las alteridades tras los conflictos (nacionales o internacionales), las narrativas sobre el pasado afectadas por el trauma de la guerra o la influencia en el arte y las relaciones entre intelectuales. Es decir, un enfoque culturalista que ha marcado la agenda historiográfica europea y que, a pesar de sus innumerables frutos, sigue dejando espacios para hacerse preguntas. Los legados de la violencia del siglo XX, por apelar al subtítulo del libro, se expresaron en múltiples planos de la cotidianidad de los europeos de la centuria anterior. Respecto a los analizados en la obra, como el surgimiento de narrativas sobre el pasado traumático reciente o la "creación" de



enemigos, cabe preguntarse por su alcance en el conjunto de la sociedad. Los capítulos correspondientes siguen siendo subsidiarios, de una forma o de otra, de enfoques "desde arriba" que muchas veces anticipan en el horizonte explicaciones alternativas. Al margen de ello, ¿fue la violencia partera de la historia durante el siglo XX? Entre 1914 y 1995, por no hablar de los antecedentes de la I Guerra Mundial o el epílogo de Kosovo, la violencia no fue una extrema excepción, sino la norma. ¿Qué relación hubo entre las posguerras de 1918 y 1945 y los nuevos derechos sociales conquistados para los diferentes sectores? ¿Y qué validez tiene el pretendido "fin de la historia" neoliberal en un mundo donde el conflicto (o, en términos geopolíticos, los conflictos) sigue configurando nuestro día a día?

Preguntas convenientes para un conjunto de ensayos que se sitúan en una mirada claramente diacrónica, superando algunas cronologías aceptadas desde hace algunos años, como la de la guerra civil europea. Este tiempo largo *braudeliano* marcado por la posguerra nos aleja de la imagen de la fiesta tras el conflicto y el "desfile de la Victoria" para acercarnos a la propia reflexión histórica. De una forma u otra, los historiadores interesados en explicar y comprender el siglo XX somos producto de la violencia generada en su seno. Así, legado y memoria se entrecruzan en la labor del historiador y explican su propio acercamiento al pasado-presente. Entramos, así, en el terreno de un régimen de historicidad específico, en palabras de François Hartog, donde la relación que establecemos con el pasado no solo aparece en los relatos que ofrecemos, sino principalmente en la manera en que nos acercamos al pasado mismo. Historiar el siglo XX es poner nuestro presente en perspectiva; explicarlo equivale a explicar la propia experiencia que tenemos de él. Historia vivida, en suma, como manifestara hace algunos años el profesor Julio Aróstegui.

Las implicaciones de esta cuestión recorren, de manera más o menos explícita, el conjunto de ensayos que conforman *Aftermath*. De alguna forma, estamos influidos por la posguerra, conformamos una "comunidad de experiencia" como la que recoge Mary Fulbrook al preguntarse por la relación entre generaciones y rupturas tras la Primera y Segunda Guerra Mundiales y el hundimiento del bloque soviético desde 1989. Pero, recurriendo a la experiencia una vez más, ¿la generación afecta por igual al conjunto de la sociedad? Se confunden así objeto de estudio, categoría de análisis y la propia vivencia de los hechos históricos. Los contextos políticos, los orígenes sociales o las representaciones culturales contribuyen, entre otros, a aprehender el mismo fenómeno generacional desde lugares bien diferentes. En este punto inciden tanto Geoffrey Swain, en su estudio acerca de las conmemoraciones del pasado reciente en Letonia, como Aaron William Moore en su texto sobre la musealización plural y problemática de la actuación japonesa en la II Guerra Mundial. Las diferentes generaciones que se han sucedido en las posguerras del siglo XX se han acercado a su pasado traumático de forma distinta, y los criterios meramente cronológicos nunca fueron los hegemónicos. Como se muestra en el capítulo escrito por Gabriela Welch sobre el recuerdo, la religión y la reconciliación tras la desintegración de la URSS, las explicaciones han de ser multicausales para poder enfrentarse a unos contextos de gran densidad, donde los significados del patrimonio cultural pueden variar de una generación a otra.

Las aportaciones recogidas en este libro muestran que el debate entre continuidad y ruptura, cuando se trata de las posguerras, sigue sin agotarse. Sus líneas maestras desbordan definiciones demasiado estáticas, como la de "año cero", que no terminan de explicar ciertas continuidades clave, como la extensión de las culturas de guerra más allá de su fin, el miedo a la repetición del conflicto (y las implicaciones que esto conllevó, en algunos contextos como el de 1918-1939) o, por supuesto, la dimensión del recuerdo. De esta forma, la Historia se va acercando a enfoques cada vez más interdisciplinares. Más allá de la Sociología o la Ciencia Política, y si tomamos esta obra colectiva como botón de muestra, la Semiótica, la Psicología, el Derecho en forma de justicia transicional o incluso la Hermenéutica forman parte de un fructífero diálogo que permiten ensanchar los límites del conocimiento de lo histórico. La memoria, en su dimensión patrimonial y proactiva, junto a sugerentes fenómenos aún sin explorar, como la reconciliación y el trauma, conducen la historiografía de las prácticas violentas hacia sendas como la del posconflicto. Un concepto, cabe decirlo, escasamente importado a nuestro país, y que merecería una atención mayor por las posibilidades que encierra.

Ejemplos como el de la antigua Yugoslavia, construido sobre un relato pro-serbio de la I Guerra Mundial y desde el mito antifascista en la II Guerra Mundial, son paradigmáticos al respecto. John Paul Newman llega a hablar de "un tiempo de continua posguerra" (p. 38) para definir unas narrativas sobre el pasado que afectaron a las más altas instituciones del país (Monarquía, República), a contextos traumáticos (pérdida de territorios, invasiones) o a la propia cohesión interna de un país que, en la década de 1980, vio cómo estallaban en su seno tensiones que recorrían el conjunto del siglo XX. El posconflicto, como una aproximación a las realidades del pasado que une los puntos en común entre la guerra, la cultura, el propio pasado y la identidad que de él se deriva, se muestra así como una categoría muy válida, tanto por su amplitud como por su concreción. A medio camino entre el análisis de las estructuras sociales, los acontecimientos y el papel que juegan los sujetos individuales, este enfoque reintegra la historicidad de los hechos en la propia explicación que tratamos de dar.

En este sentido, del conjunto de textos destaca, metodológicamente, el de Jay Winter acerca del papel del silencio. Una realidad que ilustra, al mismo tiempo que esconde, nuestro trabajo como investigadores. ¿Qué significados se le pueden otorgar a este fenómeno tan relacionado con las experiencias traumáticas de guerra y posguerra? Desde su comprensión performativa del silencio, Winter trata de actualizar el sentido del trabajo en el archivo por parte de los historiadores. Su artículo enlaza, así, no sólo con una crítica a la objetividad de la fuente, sino a su posición dentro del conjunto de posibles fuentes que podrían emplearse para explicar el pasado. Es, por tanto, una alabanza de la pregunta como el comienzo inexcusable para cualquier trabajo historiográfico. Una pregunta que ataca frontalmente a esquemas demasiado estáticos, por binarios, acerca del silencio como sinónimo de ausencia de discurso. En última instancia, y teniendo presente que la historia de las posguerras del siglo XX no puede ser sino historia vivida, preguntarse por los silencios a los que

nos tenemos que enfrentar, a los que también tenemos que dar respuesta, es preguntarse por qué tipo de Historia ofrecemos en el comienzo del siglo XXI.

Libros colectivos como *Aftermath*, surgidos del debate entre innovadoras investigaciones y experiencias historiográficas transnacionales, confirman que el "violento siglo XX" no se antoja como un tema caduco. Esta obra, concretamente, nos permite ser doblemente optimistas respecto a la continuidad de los debates sobre nuestro pasado traumático. Por un lado, porque los editores no han pretendido ofrecer un libro definitivo sobre la materia. Todo lo contrario: más que un estado de la cuestión, lo que podemos encontrar aquí son líneas de investigación abiertas no hace demasiado tiempo en diferentes universidades del mundo. Por el otro, derivado de lo anterior, por la propia diversidad de temas, enfoques y momentos históricos escogidos para abordar la posguerra, el legado de la violencia y su memoria. Quizá un pasado no tan alejado de nuestra realidad cotidiana, que vuelve a estar protagonizada por las migraciones forzosas, el miedo a la alteridad y la proximidad de los refugiados. Parece que el siglo XX no termina de irse y su legado se extiende al siglo XXI. ¿Sucederá así también con su memoria?